

La mujer sobre la luna

Samont H.



Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: **La probabilidad, el albedrío o las barajas.**

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrio-o-las-barajas>

*Escena: **La mujer sobre la luna.***

Al poco rato dejé de ser la atracción y comenzó la fiesta. Mi abuela había dispuesto un arreglo especial del salón para el cumple de su hijo. Encima de la falsa chimenea, había un cartel que decía Feliz cumpleaños Enriquito y muchos globos colgaban por todas partes con la cara de papá. Cuando era más niño temía que se reventase un globo, pero ya mi abuela me había aleccionado diciéndome: «pinchas la goma y se rompe, el aire sale con fuerza y eso provoca el ruido, y ya está. No pasa nada» A cada invitado le pedía me bajasen un globo y gozaba reventarlos. Cuando llegó la hora del baile y ya sin globos para gozar me entró un aburrimiento. Ya nadie me miraba. Mi madre hechizada bailaba con mi padre; otras parejas, a lo mismo y Amanda, sentada al lado de un barbudo, le leía entusiasmada uno de esos libros rojos. Tenía la impresión de constituir un estorbo en medio de aquél conjunto de cuerpos conducidos por un estimulante ritmo de salsa. Pasé por la cocina, sin entrar. Los ruidos de platos anunciaban que pronto comenzaba la comilona. Fastidioso me fui al patio para casar lagartijas y tirarlas a la fuente de los deseos, como le decía a la pila del patio Cordobés. Reconozco mi habilidad infantil en casar lagartijas. Las buscaba por las macetas, las cogía de la cola y las mataba dando un golpe seco en la pared. Atrapé tres, me acerqué a la fuente y me dispuse a pedir mis deseos:

—Pido que pronto me visiten mis hermanos del Callao.

Y una lagartija dentro al pozo.

—Pido que siempre le vaya bien a mi padre en la mar.

La segunda cayó.

Demoraba en pedir el tercer deseo, con la lagartija en la mano, porque estaba entre una bicicleta o la serie completa de Marco, el niño italiano que tenía que viajar hasta Argentina para ver a su mamá. Tanto retrasaba que el agua del pozo recuperó su calma pudiendo ver la inmensa luna de Paita dibujada en su fondo, hasta que algo modificó esa imagen; como si una mariposa se posara sobre luna reflejada en el agua. Levanto la mirada y era una mujer, con una túnica blanca parada sobre ella. Abrí los ojos como dos platos. Sería la primera vez que me volví sordomudo y boquiabierto. Inerte, como las estatuas humanas que a

veces se instalaban en la Plaza de Armas. Solo sentía mover la dirección de mi mirada porque la luna y la mujer encima bajaron hasta posarse sobre la azotea de la casa. Su vestidura se movía muy suave al compás de la brisa marina. Una aureola de luz envolvía su silueta. Su cara aterciopelada. Parecía una Ada de los cuentos. Había cierta docilidad en su gesto que solo proporciona la sabiduría, por lo que al principio estaba pasmado. Por un momento dude entre llorar de espanto o esperar alguna súbita explicación de lo que estaba viendo. Pero qué explicación, si era un niño. La mujer levitó y se posó hasta en mi mismo patio; al lado mismo de mi fuente; frente a mí; me estaba mirando.

Noté que respiraba isí, claro!, todos lo hacemos, pero lo que quise decir era que vi su respiración, como si la hubieran tintado para distinguirla de la brisa salina. Inhalaba por la nariz y exhalaba por su boca, una, dos, tres veces, y a la cuarta lo echó sobre mí. Una fascinante sensación, inexplicable, sentí de súbito con ese aliento dentro de mí y un miedo que ya empezaba a dar bostezos. Cuando estiró sus brazos como queriéndome abrazar volví en sí y solté un chillido aterrador. No recuerdo más, solo hasta cuando mi padre me avivó con una bofetada. Pero yo seguía con uno de esos llantos que te suspendían la respiración, sin poder articular palabra, y señalando en el lado del patio, donde se posó la mujer, que ya no estaba y a la luna, que ya estaba en su lugar de siempre.